

había causado su conducta enérgica el día 28. Intenté consolar á usted por no haber podido apoderarse de la mesa, que estaba dispuesto á hacer atacar, por haberme dicho usted, señor mariscal, repetidas veces: Renuncio á la guerra si con el primer cuerpo no puedo tomar esa posición. Veía con entusiasmo los esfuerzos hechos por usted para conseguirlo, y el arrojo personal con que usted mismo reunió las tropas, que por espacio de algunos segundos necesitaron oír su voz y contemplar su continente para recordar que pertenecían al primer cuerpo del ejército imperial; y me es mucho más sensible de lo que usted cree no poder persistir en mi noble generosidad.

»En aquel momento afortunado en que veía cumplido mi encargo, y á ochenta mil enemigos desalentados hasta el punto de no atreverse ya á hacer movimiento alguno; en que conocía que su cuerpo de usted, demasiado débil cuatro días antes para contener al enemigo en aquella posición, se había hecho después de la batalla de Talavera tan imponente y respetable cuanto era necesario para detenerle, mientras iba yo con el resto del ejército á libertar á Toledo y á Madrid, y á batir á Venegas, dando tiempo al duque de Dalmacia de caer sobre las espaldas de los ingleses; en aquel momento, señor mariscal, sólo debía expresar á usted mi satisfacción. Si usted no me obligase á recordar cosas que había olvidado para sacarle del error acerca de la opinión que de mí se ha formado, no me hubiera acordado nunca de que embistió usted mal por tres veces la mesa de Talavera, el 27 por la noche y el 28 por la mañana con muy escasa tropa. El mismo 28 le mandé á usted dar el ataque con tres brigadas á la vez, dejando las otras tres de reserva, y no lo hizo usted así.

corazón ni mi memoria falta ninguna, he recibido las pruebas de reconocimiento del rey con todo el placer que da la seguridad de haberlas merecido. No podía yo imaginarme que S. M. C. me concediese tanto honor, precisamente para ocultarme su disgusto por los desaciertos que en la batalla de Talavera hubiese yo cometido. Estoy muy interesado en que los sentimientos que S. M. C. se dignó expresarme no pierdan un ápice de su sinceridad, y mal podría por consiguiente dejarle más tiempo en la opinión errónea que acerca del ataque de la mesa de Talavera se ha formado. Conocía yo bastante la importancia de esta posición para desear con todas mis ansias que fuese nuestra, y para apoderarme de ella he hecho cuanto me han permitido los medios que á mi disposición tenía. En el momento de pasar el Alberche con el primer cuerpo, me tomé la libertad de decir al rey que iba á maniobrar contra el enemigo dirigiendo rápidamente todas mis fuerzas hacia la extremidad izquierda de su línea de batalla; que creía obtener una ventaja marcada y decisiva sobre él con este movimiento, que debía romper su línea y obligarle á cambiar sus disposiciones; pero para asegurar el triunfo convenía que le sostuviesen el cuarto cuerpo y la reserva, á fin de distraer al general enemigo con la presencia de estas tropas y quitarle la facultad de reunir sus fuerzas en su ala izquierda, que iba yo á embestir. Sabe S. M. C. que ejecuté este movimiento con el debido conjunto, con el orden y la rapidez que reclamaba el caso; que el cuarto cuerpo y la reserva estuvieron detenidos á corta distancia del Alberche, y que en la posición que se les dió de nada podían servir para el ataque proyectado por cuanto estaban desviados cerca de tres cuartos de legua. Sabe igualmente S. M. C. que á pesar de la distancia á que se hallaban esas fuerzas, cuyo auxilio había yo reclamado, no vacilé en mandar acometer á las diez de la noche á la división Ruffin la posición de que se trata; pero lo que tal vez ignora S. M. C. es la razón de haberse frustrado el ataque de los tres regimientos destinados á llevarlo á cabo. Uno de ellos, el 24, que ocupaba la derecha, se perdió con la obscuridad, y el tiempo que debía haber empleado en coadyuvar á los prodigiosos esfuerzos que hacía el regimiento 9.º de infantería, ligera, para apoderarse de la mesa y mantenerse en ella, lo invirtió en volver á su verdadera dirección. El 96, que tenía orden de cooperar al ataque por la izquierda, tropezó con obstáculos imprevistos y que la noche no le permitió distinguir, por lo cual se retrasó también su marcha; así que el 9.º regimiento, privado del auxilio de los otros dos y acometido por fuerzas considerables, se vió en la precisión de desamparar aquel puesto testigo de su heroico valor.

Se dirá tal vez que yo debí haber renovado el ataque con la división Villatte ó con la división Lapisse. A esto responderé: 1.º Que ésta tenía enfrente y á tiro de fusil un enemigo cuatro veces superior en número; que además de esta razón, el movimiento por nuestra derecha según se había convenido indicaba suficientemente que la división Lapisse debía evitar todo encuentro con los enemigos y esperar el resultado de las primeras operaciones. 2.º Que sin comprometer á todo el cuerpo de ejército no podía yo hacer que renovase el ataque de la mesa la división de Villatte, que era la única tropa de que podía disponer para sostener á la división Lapisse, defender nuestras baterías y apoyar á la misma división Ruffin que acababa de replegarse, si los enemigos embestían contra ella. Exigía de mí esta circunspección la distancia á que se hallaba el cuarto cuerpo, que en vano esperé se nos aproximase. Lo que más me sorprende es que el enemigo haya perdido esta excelente ocasión de envolver á la división Lapisse por la izquierda, que no tenía apoyo ninguno.

S. M. C. presencié los esfuerzos que hicimos al día siguiente á las cuatro de la mañana para tomar la mesa. Volvió á encargarse de esta ardua y peligrosa empresa la división Ruffin, y la llevó á cabo con una intrepidez que la honra mucho. La mayor parte de su gente estaba ya en la cúspide; el resto iba ya á establecerse también en la altura; podía la división Villatte hacerse allí sitio y asegurar nuestro triunfo en aquel punto (tal era mi designio); pero ámbos los enemigos de oponernos todas sus fuerzas por la inacción constante del cuarto cuerpo, reunieron las que quisieron, y repelieron en breve á la división Ruffin, amagando á las divisiones Villatte y Lapisse. Hubo, pues, que ceñirse á una prudente defensiva y esperar el momento en que tomasen las operaciones más unidad en toda nuestra línea.

Llegó este momento, y su resultado acabará de justificarme enteramente á los ojos de S. M. C. por lo tocante á los ataques de la mesa.

Debía yo, según vuestras órdenes, embestir la posición con tres brigadas, te-

niendo las otras tres de reserva. Esta disposición prometía sin duda mucho, pero estábale reservado al cuarto cuerpo oponerse también á ella. Este cuerpo, llegado que hubo á la altura de la división Lapisse, trabó por entero y de un golpe el combate con la línea enemiga que tenía delante, sin haber pensado en la posibilidad de sufrir un descalabro en cualquiera de sus partes, ni el medio de precaverlo con una reserva. El descalabro tuvo lugar: el cuarto cuerpo, después de haber repelido los primeros enemigos que hubo á las manos fué rechazado á su vez por las considerables fuerzas que no habían aún entrado en acción; y privado de apoyo en su retirada, vióse en la dura necesidad de continuarla cediendo mucho campo al enemigo. La división Lapisse, que estaba situada á su derecha y que iba arrollando á los ingleses con quienes había empeñado el combate, hallándose entonces enteramente descubierta, mal podía continuar su marcha ofensiva sin arrojarse á una catástrofe segura: mandóse, pues, que hiciese alto en su posición y observase el terreno que el cuarto cuerpo acababa de desalojar. ¿Podía yo en semejante situación servirme de ella para embestir la mesa? Podía en verdad una de sus brigadas trepar á ella para apoyar la división Villatte, que era la encargada del ataque principal; pero es evidente que quedando la división Lapisse aislada en el centro de la línea, no podía disminuir sus fuerzas sin comprometer la suerte de la jornada; y aunque hubiese podido hacerlo sin inconveniente, á nuestra derecha entre la montaña y la mesa ocurrían novedades que se oponían á ello perentoriamente. Tomaba el enemigo la ofensiva por este lado con grandes fuerzas de caballería, infantería y artillería. Había que impedir á toda costa que nos desbaratase por este punto, y que destinar por lo tanto una brigada de la división Villatte á reforzar la división Ruffin, débil ya por las pérdidas sufridas. Debíamos también precaver la embestida que los enemigos disponían contra nosotros desde lo alto de la mesa. La otra brigada de la división Villatte, demasiado débil para subir allí sola, era suficiente para contener al enemigo que tenía delante, y debí situarla del modo más ventajoso para lograr este objeto. Tenía, pues, el primer cuerpo el único destino que podía tener después de la retirada del cuarto. No era posible verificar el ataque de la mesa sin comprometer al ejército; creí por lo tanto que era lo más prudente ceñirme á un simple amago, mientras las tropas de la derecha avanzasen al enemigo y las de la izquierda procurasen con su entereza y sus esfuerzos mantener el campo de donde le habían desalojado é impedir que nos envolviese. Produjeron estas disposiciones todo el resultado que se podía esperar en tan críticas circunstancias. La izquierda del enemigo fué impetuosamente repelida, y con gran pérdida; las tropas de la misma que estaban en la altura no se atrevieron á bajar, y la división Lapisse se mantuvo en sus posiciones, secundada por la caballería del general Latour-Maubourg.

Tales son las diversas circunstancias que han frustrado el ataque de la mesa; espero que su sencilla exposición ilustrará á S. M. C., y que el sentimiento de benevolencia con que me ha favorecido no será en lo sucesivo una mezcla de satisfacción y desaprobación.

»Varios oficiales, y entre otros un ayudante del general Latour-Maubourg, que usted me envió, señor duque, en la noche del 28 al 29, me dijeron en presencia de todo el estado mayor del ejército que el enemigo le envolvía á usted por la derecha, procurando también caer sobre la izquierda del cuarto cuerpo: otros oficiales me dieron de parte de usted informes contradictorios, y entonces fué cuando me decidí á escribir á usted de mi propio puño pidiéndole una relación por escrito, y cuando dí orden á todos de que descansasen entretanto y permaneciesen en sus posiciones hasta nueva orden.

TOMO VIII

Tengo el honor de recordar á S. M. C. que los oficiales que destiné á instruirle de lo que ocurría fueron el general Lucotte, los coroneles Guye y Chateau, y un edecán del señor general Latour-Maubourg; que los primeros debieron tranquilizarle, informándole de mi juicio sobre nuestra situación después de la retirada del cuarto cuerpo, diciéndole que mi opinión era que este cuerpo volviese á entrar en línea con la reserva para hacer la jornada completamente ventajosa para nosotros, que el enemigo, lejos de adelantar un paso, parecía más bien alejarse; y por último que yo deseaba vivamente permanecer en el campo de batalla. Iguales observaciones ha debido hacer á S. M. C. el coronel según las instrucciones que le dí y por lo que pudo personalmente presenciar.

El edecán del señor general Latour-Maubourg debió también repetir á S. M. C. lo que varias veces le manifesté en estos términos: «Vaya usted á S. M. C. y dígame de mi parte que el señor general Carrois ha reconocido una partida enemiga hacia nuestra izquierda, en la dirección de Talavera al puente del Alberche; que el general Villatte me dice que á nuestra derecha asoman algunos batallones en la montaña; pero sobre todo no deje usted de decir á S. M. C. que en mi concepto estos movimientos son poco graves para precisarnos á la retirada, y que creo de la mayor importancia el permanecer donde estamos.»

No ha habido más oficiales encargados de llevar partes mías á S. M. C.

Referí más arriba lo que S. M. C. dijo al coronel Chateau para decidir el movimiento retrógrado, y la orden positiva, corroborada con razones que no ad-

mitían réplica, para verificarlo. Nada tengo que añadir á esto sino es que no puedo concebir qué motivo dictó la carta de S. M. C. condenando á la una ó las dos de la madrugada una retirada que mandó verificar á pesar de mis instancias á las once de la noche, y que estaba ya cumplida cuando me fué entregada la carta.

»Pero advierto, señor mariscal, que entro en pormenores inútiles, y me apresuro á terminar esta carta, para usted y para mí ya enojosa, declarándole con toda franqueza que considero el informe que usted me ha enviado como lleno de falsedades.

Si S. M. C. hubiese tenido datos positivos sobre la conducta que he observado siempre desde que estoy en España, y principalmente sobre mi modo de conducirme antes y después de la batalla de Talavera, y durante la misma, no me hubiera retirado un solo instante su estimación, ni hubiera tenido el trabajo de descender á tantos pormenores para participarme que la he perdido: con esto me hubiera ahorrado el pesar de leerlo y el punzante dolor de contestarlo.

Por lo que hace al informe, causa del enojo de S. M. C. hacia mí, puedo asegurar que el jefe de estado mayor que lo redactó lo hizo con la única intención de instruir á S. M. C. de todos los pormenores de las operaciones del primer cuerpo de ejército; que ha escrito las cosas según las ha visto y han ocurrido, y que si ha estampado algunas equivocaciones, no ha incurrido en ellas con intento de faltar al respeto que así él como yo debemos á S. M. C. Leí este informe, quedé prendado de su verdad; pero siento no haber advertido con más detenimiento para suprimirlas algunas frases no completamente ajustadas á los miramientos y consideraciones debidas.

»Mi mando al parecer le es á usted muy gravoso; yo por mi parte no debo ocultarle que deseo con tanta ansia como usted mismo que S. M. Imperial y Real se digne emplearle en otra parte.

»José.»

No sé cómo he podido hacer creer á S. M. C. que me es gravoso su mando; me parece al contrario que en cuantas ocasiones se han presentado le he manifestado lo mucho que me honraba y halagaba el servir á sus órdenes, y para pensar de otro modo era necesaria su carta del 27 de agosto y el deseo que á su conclusión consigna. Si S. M. C. se digna leer este escrito que el honor me manda extender y que el deseo de poseer su confianza exige de mí imperiosamente; si las aclaraciones verídicas que le doy le persuaden de que su buena fe ha sido sorprendida, yo olvidaré sin trabajo las pesadumbres que me ocasiona su poco merecido desagrado y podré probarle todavía que soy digno de su benevolencia. De lo contrario aprovecharé el permiso que me concede de pedir á S. M. el emperador y rey otro destino.

Cuartel general de Toledo, 14 de septiembre de 1809.

El mariscal duque de Bellune,

VÍCTOR.

EXTRACTO DE LAS MEMORIAS MANUSCRITAS DEL MARISCAL JOURDAN

1809

«Al mismo tiempo que los franceses se dirigían el 27 desde Santa Olalla al Alberche, el general Cuesta y el general Sherbrooke se replegaban sobre Talavera, y el general Wilson, que había hecho llegar sus avanzadas hasta Navalcarnero con esperanza de promover una insurrección en Madrid, donde mantenía secretas inteligencias, volvía atrás apresuradamente.

»El ejército francés empezó á llegar á la mesa que domina el Alberche hacia las dos de la tarde. Divisábase desde allí al enemigo en movimiento, pero el terreno cubierto de olivares y encinares no permitía distinguir si se retiraban ó tomaban posición. Reconocióse también una retaguardia que había quedado en el bosque en las cercanías de Casa de las Salinas, compuesta de una división de infantería, de una brigada de caballería y cuatro bocas de fuego, mandada por el general Mackenzie. Con esperanza de batir á esta retaguardia y de llegar al grueso del ejército antes que los generales enemigos acabasen de dar sus disposiciones, ya intentasen aceptar la batalla ó evitarla, mandó el rey al mariscal Víctor pasar el Alberche con sus tres divisiones de infantería y la brigada de caballería ligera del general Bourmont, y dirigirse á Casa de las Salinas. No tardó en trabar el tiroteo el regimiento 16 de infantería ligera que marchaba á la cabeza de la división Lapisse, y el general Mackenzie, después de un combate de una hora, tuvo que retirarse precipitadamente. Los regimientos ingleses 31 y 37 sufrieron pérdidas considerables.

»Mientras tenía lugar este encuentro, pasaban el Alberche los dragones de Latour-Maubourg y la caballería ligera del general Merlin y formaban en el llano entre la carretera de Talavera y la de Casa de Salinas. Seguían este movimiento el cuarto cuerpo y la reserva con la división de dragones del general Milhaud á su izquierda. Avanzó en este orden esta parte del ejército y detúvose á la noche á tiro de cañón de los españoles, que no podían distinguirse con las hayas y olivos que los ocultaban. Encargada la caballería ligera de ir á reconocer su posición, fué acogida con una impetuosa descarga, que la obligó á replegarse con algún desorden, lo cual dió lugar á que Wellesley y el general Cuesta pintasen en sus informes este mero reconocimiento como un ataque combinado rechazado por ellos. Seguía sobre la derecha el duque de Bellune persiguiendo y cañoneando á la retaguardia; salió del bosque y se encontró delante de una colina en que apoyaba el enemigo su izquierda. Parecía ser aquella altura la llave de su posición, y el mariscal creyó deberse apoderar de ella inmediatamente sin esperar órdenes del rey. El general Ruffin, á cuya división se confió el ataque, rompió el movimiento á las nueve de la noche. El 9.º

regimiento de infantería ligera franqueó un largo y profundo barranco, trepó por la escarpada pendiente de la colina y llegó á su cúspide; pero por no haberle sostenido el 24 que en aquella obscuridad había tomado una falsa dirección, ni el 96 que se había retrasado al pasar el barranco, fué repelido con pérdida de trescientos hombres entre muertos y heridos. Su coronel Meunier recibió tres balazos. Han dicho los generales ingleses y españoles en sus partes, que se renovó el ataque durante la noche: no es cierto. Su línea en efecto rompió hacia las dos de la madrugada un fuego de filas bastante nutrido por espacio de algunos minutos, y esto dimanó sin duda de alguna falsa alarma, puesto que los franceses no salieron del campamento.

»Al dar cuenta al rey el duque de Bellune del resultado de su ataque, le previno que iba á renovarlo al rayar el día. Quizá se le hubiera debido comunicar la orden de esperar á que fuera bien reconocida la posición del enemigo y estuviese todo dispuesto para empeñar una acción general; pero el mariscal, que por haber permanecido mucho tiempo en las cercanías de Talavera conocía perfectamente el terreno en que se hallaba, parecía tan convencido del buen éxito, que el rey creyó que convenía dejarle obrar á su placer.

»El 28 al amanecer dispuso el general Ruffin sus tres regimientos del modo siguiente: el 9.º de infantería ligera á la derecha, el 24 de línea al centro y el 96 á la izquierda, formando cada batallón en columna cerrada por división. Treparon estos valientes regimientos con una rara intrepidez: el 24 llegando el primero á la cúspide de la colina estuvo á punto de apoderarse de las cuatro bocas de fuego que estaban allí en batería; pero el enemigo, libre por los otros puntos de su línea, pudo fácilmente proporcionarse nuevas tropas que repelieron nuestra acometida. Sin embargo, los generales Ruffin y Barrois que se distinguieron tanto por su serenidad y sangre fría cuanto por su valor, retiraron sus tropas ordenadamente. Esta acción fué, aunque breve, muy sangrienta. Así se expresaba sir Wellesley en su parte: *Al defender esta importante posición hemos perdido muchos oficiales y soldados valientes, entre ellos los mayores de brigada Forpe y Gardner; también el general Hill ha sido herido aunque levemente.*

»No fué menos considerable la pérdida de los franceses.

»Después de este infructuoso ataque trasladóse el rey al punto que ocupaba el primer cuerpo, desde donde se descubría con menos dificultad la posición del enemigo. Esta posición tenía como cosa de una legua de extensión desde la colina coronada por la izquierda de los ingleses al Tajo, donde apoyaban su derecha los